

Principios de sabiduría y locura. Hiperracionalismo

JOSEFINA ARANDA

¡Qué gran descubrimiento el del Sr. Clément Rosset!, autor de lectura fácil sin perder un ápice de profundidad, inclasificable en ninguna de las corrientes contemporáneas de pensamiento, pero que comparte con los pensadores franceses de mediados del siglo XX la cuestión de estilo, su interés por la literatura y el psicoanálisis. En 1991, Rosset escribe sus *Principios de sabiduría y de locura*, interesado por el tema de lo real sobre lo que ha indagado desde el inicio de su obra. En este escrito, nos ofrece su visión más clara sobre qué es lo real y en qué consiste este afán de verdad que caracteriza a la filosofía desde sus orígenes. Giorgio Colli describió la fuente de la sabiduría en la locura, en “las palabras de la Pitia, en las palabras delirante del oráculo délfico”¹. También Platón en el *Fedro* exalta la locura por encima del control de sí, y hace decir a Sócrates que “los bienes más grandes llegan a nosotros a través de la locura, concedida por un don divino”². Rosset instala en la locura el ansia de saber que, según Aristóteles, todos deseamos; pero solo el loco controla la verdad y su razón se amplía hasta márgenes infinitos.

Relato mi lectura de Rosset en dos apartados, la primera sobre los principios de sabiduría sobre lo real y la segunda sobre el principio fundamental de la locura.

I) Principios de sabiduría sobre lo real

El objetivo de la filosofía desde sus inicios ha sido explicar en qué consiste lo real. El tema de Rosset es lo real, pero él no hace ontología de lo real. Su obra es una crítica a la metafísica. Según él, la historia de la metafísica es un intento de dar sentido y significancia a lo que no lo tiene. De lo real solo podemos decir que es. Los principios de realidad, los principios de sabiduría sobre lo real, nos los presenta Rosset con las palabras de Parménides, en los fragmentos VI y VII de su *Poema*, donde la diosa de la verdad revela al poeta qué es la realidad: “Hay que decir y pensar que lo que es es, pues lo que existe existe, y que lo que no existe no existe; te invito a meditar sobre esto” (fr. VI). “Nunca forzarás a existir lo que no existe” (fr. VII)³.

Estas son las palabras más sabias que puedan ser dichas por un humano sobre lo real. Algo que parece obvio, pura tautología, verdad innegable, identidad absoluta. Que el ser es: poco, pues, podemos decir sobre lo real. De todos modos, ¿quién se atrevería a negar todo esto?

Rosset recoge al respecto la sabiduría de Lucrecio en su poema *De rerum natura*. Venus, la diosa del amor, le anuncia una verdad similar: “la naturaleza de las cosas consiste en las cosas mismas y solo en ellas”⁴. Tanto la diosa de Parménides (con su

metafísica idealista) como la de Lucrecio (con la suya, materialista) hacen del humano un condenado a la realidad. No podemos escapar de lo que está aquí y ahora. Lo real representa la necesidad (aquello que no puede no suceder). Esta sería la verdad única a la que podemos acceder los mortales.

Pero la vía de la verdad marcada por Parménides, dice la diosa, está fuera del camino de los hombres. Y así parece ser, ya que la mayoría “está muchos más dispuesto a admitir que lo que existe no existe del todo, y que lo que no existe tiene cierto grado de existencia”⁵. No aceptamos lo real tal cual es por su insignificancia, por su singularidad, por su crueldad, su crudeza. Cuesta admitir el aquí y ahora; los humanos somos muy dados a referirnos al pasado o al futuro para poner en cuestión lo presente, el *hic et nunc*: una ley de la que es imposible escapar. De lo real siempre nos sorprendemos, como Freud ante la Acrópolis de Atenas, sorprendido ante su existencia, como si, antes de verla directamente, no hubiese creído en ella del todo, o solo en el momento de tenerla presente, ante sus ojos se hiciera real. Quizá anide en nuestro interior cierta dosis de incredulidad que nos hace dudar de lo real. Lo real siempre se presenta como una sorpresa.

De hecho el camino marcado por Parménides sobre la identidad del ser, pronto será rebasado por uno de sus principales seguidores, Platón, que en *el Sofista* (242 a) hace decir al extranjero que van a cometer un parricidio: “Nos será necesario poner en cuarentena la tesis de nuestro padre Parménides y establecer que bajo algunos aspectos el no-ser es y que el ser, a su vez, de alguna manera no es”. Ahora bien, Platón no remata del todo a su padre, lo deja mal herido. Le reserva la auténtica realidad de esa lógica del ser como algo eterno, inmóvil, único: al mundo de las Ideas, cuyas características son las mismas que las del ser de Parménides. Así Platón mantiene el ser de Parménides en el ser de las Ideas, pero incorpora el mundo sensible, el mundo de las cosas, el mundo material. El mundo del cambio, este mundo que vemos aquí y ahora, del que captamos simplemente imágenes, apariencias, y que, según Platón, captamos erróneamente. No hay ciencia del mundo sensible, del mundo del cambio, del mundo de las apariencias. Pues bien, ésta será la realidad que Rosset acepta, del que no es posible obtener ninguna verdad. Solo existe lo cambiante, lo sensible, el mundo aparente. Esta es su epistemología, un radical escepticismo a la manera del leontino, Gorgias el sofista, a quien podríamos repetir, invirtiendo literalmente sus tres proposiciones sobre la realidad y el conocimiento: la realidad no existe; si existiera no la podríamos conocer; y, en caso de que la conociésemos, no podríamos comunicar con el lenguaje nuestro conocimiento a los demás. Invertimos: (1) la realidad existe, (2) pero no la podemos conocer y (3) no la podemos comunicar a los demás con el lenguaje. Nuestra reproducción, nuestra re-presentación es ya una duplicación, otra cosa que lo real. Nuestra representación del mundo real siempre es un doble, una ficción (a la manera nietzscheana) exigida por la insoportable levedad del ser de lo real, por la incertidumbre que produce lo real, por su insignificancia y por su singularidad, por su crudeza. Las apariencias, la imagen de las cosas, las copias de las que habla Platón, las retoma Rosset para mostrarnos en qué consiste este intento de dar sentido y significación a lo que no lo tiene.

II) El principio fundamental de la locura

No podemos conocer lo real y, en nuestro intento por alejarnos de esta impotencia, de esta insignificancia de lo real, damos crédito a lo que no existe, afirmando lo que no existe: ese es el principio fundamental de la locura. El humano en su afán por significantizar todo lo que existe, llegará a afirmar incluso lo que no existe. Rosset dice que hay dos tipos de locura: (1) la locura aguda, alucinatoria donde se toma por real lo que no existe y solo es accesible a unos pocos: “no es loco quien quiere, sino quien puede”, ha dicho Ey. Una especie de paranoia, en su acepción griega, de crear un discurso más allá de lo racional. Y (2) la locura suave, dulce, que abarca a la mayoría, donde se da una preferencia por lo irreal y donde se encuentra mucho más interesante lo inexistente. Podemos añadir que existen algunas excepciones. Serían los filósofos trágicos: sofistas, Epicuro, Lucrecio, Montaigne, Pascal, Hume y Nietzsche, cuyo objetivo común es pensar lo real, afirmándolo como algo crudo, imbécil, singular, único, insignificante, indiferente. Serían los maestros de la apuesta trágica de Rosset, que se salvan de la locura con su aprobación incondicional de lo real y su carácter insignificante.

Rosset se pregunta: ¿De dónde surge esta preferencia por lo irreal? Dice que observamos un deseo, un gusto por lo falso (vemos entusiasmados a los coleccionistas de joyas falsas); vivimos en un mundo de simulacros, un mundo que pone en duda todo lo que creemos real. Nuestras casas y nuestros armarios se llenan de réplicas de diseños originales. Observamos un gusto por el artificio (construimos jardines, colinas de rocalla para hacer parecer grande lo pequeño o lleno lo vacío). Jugamos con la realidad, desplazándola y recuperándola, como en el caso del niño del que Freud nos relata que juega con un carrito de hilo; estirando y recogiendo, hace aparecer y desaparecer lo real. Vivimos vidas virtuales, donde nos enamoramos y tenemos sexo cada vez más maquinal. Donde la imaginación juega un papel crucial, ésta se dispara fácilmente hacia lo falso y artificial, hacia el mundo de las apariencias. Creamos mundos irreales para huir de este real, insignificante, cruel, doloroso, inaguantable. Habría millones de locuras suaves. Rosset reivindica la razón del loco; es el que, de manera más insistente, reivindica la razón. El imperio de la razón del loco abarca no solo el dominio de la razón, sino también el ámbito de lo no razonable, esta postura de la razón de los locos, la denomina *hiperracionalismo*, exceso de razón, racionalismo exagerado. De hecho la razón del loco es superior a la del sabio. Eso se muestra, por ejemplo, en la postura del científico, incapaz de aceptar otra verdad que la científica.

El mecanismo del deseo sirve a Rosset para explicar este desplazamiento de lo real. El deseo viene marcado por la pasión, que crece cuanto más alejado se halla el objeto de deseo mismo. Como ocurre con el deseo del fruto imaginario, incapaz de saciar el apetito. La imposibilidad de saciarse, no es algo novedoso; ya Heráclito lo había observado: “De nada le valdría a los hombres que sus deseos se vieran colmados”. El mejor de los mundos posibles de Leibniz no saciaría los deseos humanos, ya que son éstos los que faltan. El mejor de los mundos sería, como describe Rosset, “un mundo en

el que se desea algo”⁶. La dificultad para realizar el deseo, para saber cuál es nuestro deseo, lleva a Lacan a zanjar su apuesta con: “el deseo es siempre el deseo del otro” Deseamos lo que nuestros familiares, amigos, nuestra sociedad nos pone como deseable. Pero si el deseo está siempre en función de la falta, esquema necesario para poder desear, podríamos pensar que es imposible que éste falte nunca al humano. Somos seres carentes, de base, con lo que según la estructura psicoanalítica del deseo, éste nunca faltará. Ahora bien, las consecuencias serán una imposibilidad de saciar el deseo de manera absoluta.

¿Y dónde está el desorden de la mente humana? Se pregunta Rosset: ¿por qué esta dificultad para desear, para vivir según nuestros deseos? Rosset, retomando el viejo problema de la interacción entre mente y cuerpo, acepta la propuesta de Montaigne y la señala en la mente misma, al dejar de lado las orientaciones del cuerpo. Según Rosset, Descartes y Malebranche proponen que, para tener una mente ordenada, sana, hay que dejar de lado los consejos que vienen del cuerpo. Es el cuerpo el que induce a la mente al error, a dejarnos llevar por las ilusiones de los sentidos, a caer ante el engaño de las apariencias. Para Rosset, esta tesis es la que domina desde Platón: la mente patina porque se contamina del cuerpo. Es poniendo a la mente como causa del desorden mental cuando nos encontramos con la supuesta libertad que radica en la mente misma. Surge aquí la preocupación moral por elegir lo que ha de ser, en lugar de lo que es, lo real, pudiendo elegir el desplazar lo real y preferir lo falso, si así se desea. Según Rosset, la libertad es una mera ilusión: nadie escapa de lo real; ya que es lo necesario, no puede no darse. La mente tiene miles de maneras de extraviarse, pero el cuerpo nunca se extravía. “Solo el hombre delira, porque solo el hombre dispone de una mente, los animales no deliran, porque están incapacitados para que la mente abuse de ello”⁷. La propuesta de Rosset sería una reconciliación con el origen animal de nuestra existencia; debido a la megalomanía exacerbada del deseo por lo intelectual, nos hemos olvidado de donde procede nuestra ascendencia verdadera. Rosset denuncia ese absurdo deseo de la voluntad de inteligencia en su obra *Principio de crueldad*. Dice: “el absurdo inherente a esa voluntad de inteligencia consiste, ante todo, en conceder más valor a la representación de las cosas, que a experimentar esas mismas cosas, a probar su intensidad trágica”⁸. Vemos aquí la propuesta de la filosofía de Rosset, dejando de lado la imposible tematización del ser y proponiendo la experiencia directa de la vida, aceptando lo real tal cual es, con la gracia de la alegría, esa fuerza mayor que permite paradójicamente el acceso a lo real. Una filosofía de la experiencia trágica, que niega los ideales ilustrados, hoy día convertidos en mero dominio de las sociedades postcapitalistas que controlan y regulan nuestros cuerpos y nuestros deseos, aprobando o sancionando las diferentes prácticas sexuales.

El caso exagerado de este desplazamiento de la existencia de lo real es la pasión que nos acerca a la locura aguda, furiosa, alucinatoria de afirmar la existencia de lo irreal, de lo que no existe. Rosset nombra tres ejemplos: el del avaro, el del celoso o el del enamorado, donde podemos ver que, cuanto más irreal es el objeto de deseo, más crece el deseo hasta convertirse en pasión “Esta pasión por el vacío, por la nada, explica que los celos sean tanto más violentos cuanto que su objeto es más pobre, y se vuelvan

furiosos cuando éste es totalmente inexistente”⁹. Otelo y Leonte perdonarían la infidelidad de sus esposas con tal de que ésta fuera real. El avaro es el único que ha sabido desmaterializar por completo la materia, ha convertido el dinero (materia) en una abstracción, en una nada, en una irrealidad pura; de ahí la atracción infinita que produce. El apasionamiento amoroso, cuyo objeto de amor es irreal, situado fuera de toda posible experiencia, es una elección llamada por los psiquiatras “elección histérica”. Tal y como dicen Freud y Lacan, el histérico se mantiene en el deseo por la insatisfacción para poder seguir deseando. Busca la insatisfacción; el goce de la insatisfacción es más satisfactorio. Y el obsesivo, dice Lacan, apuesta por un deseo imposible, anuda su deseo a una condición que no se cumplirá nunca; la insatisfacción mueve su deseo. Ya Cicerón, en *El supremo bien y el supremo mal*, escribe: “A nadie se le ocurre pensar que se encuentra más satisfacción cuando un deseo se cumple que cuando no se cumple”, y parece que Montaigne repite estas mismas palabras. Esta parece ser la condición humana, según Rosset, de la mayoría neurótica y los demás chiflados. Ante la imposibilidad de escapar de lo real, ya que es lo necesario, eso implacable de lo que no puede escapar y de lo que, sin embargo, siempre pretende huir, eso que determina su real, el humano no puede dejar de inventar sus historias más o menos delirantes, para poder paliar esa crudeza que le supone lo real.

Notas

1. Colli, Giorgio: *El nacimiento de la filosofía*, Barcelona, Tusquets, 1996, p. 16.
2. Colli, Giorgio, *op. cit.*, p. 16.
3. Parménides, *Poema*, fragmentos VI y VII, citado por Rosset, C.: *Principios de sabiduría y de locura*, Barcelona, Marbot, 2008, p. 9.
4. Rosset, Clément: *op. cit.*, Barcelona, Marbot, 2008, p. 15.
5. *Ibid*, p. 13.
6. *Ibid*, p. 99.
7. *Ibid*, p. 101.
8. Rosset, Clément: *El principio de crueldad*, Barcelona, Anagrama, p. 49.
9. *Ibid*, p. 109.